

Octubre 6

La fe de la mujer cananea

Mt. 15.21-28

21 Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón.²² Entonces una mujer cananea que había salido de aquella región comenzó a gritar y a decirle:

—¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio.

23 Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces, acercándose sus discípulos, le rogaron diciendo:

—Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros.

24 Él, respondiendo, dijo:

—No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

25 Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo:

—¡Señor, socórreme!

26 Respondiendo él, dijo:

—No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.

27 Ella dijo:

—Sí, Señor; pero aun los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.

28 Entonces, respondiendo Jesús, dijo:

—¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres.

Y su hija fue sanada desde aquella hora.

Mr. 7.24-30

24 Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. Entró en una casa, y no quería que nadie lo supiera; pero no pudo esconderse.²⁵ Una mujer, cuya hija tenía un espíritu impuro, luego que oyó de él vino y se postró a sus pies.²⁶ La mujer era griega, sirofenicia de origen, y le rogaba que echara fuera de su hija al demonio.²⁷ Pero Jesús le dijo:

—Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.

28 Respondió ella y le dijo:

—Sí, Señor; pero aun los perros, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos.

29 Entonces le dijo:

—Por causa de esta palabra, vete; el demonio ha salido de tu hija.³⁰ Cuando la mujer llegó a su casa, halló a la hija acostada en la cama, y que el demonio había salido de ella.

Jesús sana a muchos

Mt. 15.29-31

29 Pasó Jesús de allí y fue junto al Mar de Galilea; subió al monte y se sentó allí.³⁰ Se le acercó mucha gente que traía consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos. Los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó;³¹ de manera que la multitud se maravillaba al ver que los mudos hablaban, los mancos quedaban sanos, los cojos andaban y los ciegos veían. Y glorificaban al Dios de Israel.

La multitud a la orilla del mar

Mr. 3.7-12

7 Pero Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y lo siguió gran multitud de Galilea. También de Judea,⁸ de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán y de los alrededores de Tiro y de Sidón,

oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él.⁹ Entonces dijo a sus discípulos que le tuvieran siempre lista la barca, para evitar que la multitud lo oprimiera,¹⁰ pues, como había sanado a muchos, todos los que tenían plagas se echaban sobre él para tocarlo.¹¹ Y los espíritus impuros, al verlo, se postraban delante de él y gritaban:

—¡Tú eres el Hijo de Dios!

¹² Pero él los reprendía para que no lo descubrieran.

Jesús sana a un sordomudo

Mr. 7.31-37

³¹ Volviendo a salir de la región de Tiro, vino por Sidón al Mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis.³² Le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que pusiera la mano sobre él.³³ Entonces, apartándolo de la gente, le metió los dedos en los oídos, escupió y tocó su lengua.³⁴ Luego, levantando los ojos al cielo, gimió y le dijo:

—¡Efata! (que quiere decir: “Sé abierto”).

³⁵ Al momento fueron abiertos sus oídos, se desató la ligadura de su lengua y hablaba bien.³⁶ Y les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban.³⁷ Y en gran manera se maravillaban, diciendo:

—Bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír y a los mudos hablar.

Un ciego sanado en Betsaida

Mr. 8.22-26

²² Vino luego a Betsaida, y le trajeron un ciego, y le rogaron que lo tocara.²³ Entonces, tomando la mano del ciego, lo sacó fuera de la aldea; escupió en sus ojos, puso sus manos sobre él y le preguntó si veía algo.²⁴ Él, mirando, dijo:

—Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan.²⁵ Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirara; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos.²⁶ Jesús lo envió a su casa, diciendo:

—No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea.

El paralítico de Betesda

Jn. 5.1-18

¹ Después de esto había una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.

² Hay en Jerusalén, cerca de la Puerta de las Ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos.³ En estos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua,⁴ porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque y agitaba el agua; el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviera.⁵ Había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo.⁶ Cuando Jesús lo vio acostado y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo:

—¿Quieres ser sano?

⁷ El enfermo le respondió:

—Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; mientras yo voy, otro descende antes que yo.

⁸ Jesús le dijo:

—Levántate, toma tu camilla y anda.

⁹ Al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su camilla y anduvo. Era sábado aquel día.

¹⁰ Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado:

—Es sábado; no te es permitido cargar tu camilla.

11 Él les respondió:

—El que me sanó, él mismo me dijo: “Toma tu camilla y anda”.

12 Entonces le preguntaron:

—¿Quién es el que te dijo: “Toma tu camilla y anda”?

13 Pero el que había sido sanado no sabía quién era, porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar.14 Después lo halló Jesús en el Templo y le dijo:

—Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te suceda algo peor.

15 El hombre se fue y contó a los judíos que Jesús era quien lo había sanado.16 Por esta causa los judíos perseguían a Jesús e intentaban matarlo, porque hacía estas cosas en sábado.17 Jesús les respondió:

—Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.

18 Por esto los judíos aun más intentaban matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.

Jesús sana a un ciego de nacimiento

Jn. 9.1-12

1 Al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento.2 Y le preguntaron sus discípulos, diciendo:

—Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?

3 Respondió Jesús:

—No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.4 Me es necesario hacer las obras del que me envió, mientras dura el día; la noche viene, cuando nadie puede trabajar.5 Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo.

6 Dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con la saliva y untó con el lodo los ojos del ciego,7 y le dijo:

—Ve a lavarte en el estanque de Siloé—que significa «Enviado»—.

Entonces fue, se lavó y regresó viendo.8 Por eso, los vecinos y los que antes lo habían visto que era ciego, decían:

—¿No es este el que se sentaba y mendigaba?

9 Unos decían: «Él es». Otros: «A él se parece». Él decía: «Yo soy».

10 Entonces le preguntaron:

—¿Cómo te fueron abiertos los ojos?

11 Respondió él y dijo:

—Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: “Ve al Siloé y lávate”. Fui, pues, me lavé y recibí la vista.

12 Entonces le dijeron:

—¿Dónde está él?

Él dijo:

—No sé.

Los fariseos interrogan al ciego sanado

Jn. 9.13-34

13 Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego.14 Y era sábado cuando Jesús había hecho el lodo y le había abierto los ojos.15 Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. Él les dijo:

—Me puso lodo sobre los ojos, me lavé y veo.

16 Entonces algunos de los fariseos decían:

—Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el sábado.

Otros decían:

—¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?

Y había división entre ellos.¹⁷ Entonces le preguntaron otra vez al ciego:

—¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?

Él contestó:

—Que es profeta.

¹⁸ Pero los judíos no creyeron que él había sido ciego y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista,¹⁹ y les preguntaron, diciendo:

—¿Es este vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?

²⁰ Sus padres respondieron y les dijeron:

—Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego;²¹ pero cómo ve ahora, no lo sabemos, o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo.

²² Esto dijeron sus padres porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesaba que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga.²³ Por eso dijeron sus padres: “Edad tiene, preguntadle a él”.

²⁴ Llamaron nuevamente al hombre que había sido ciego, y le dijeron:

—¡Da gloria a Dios! Nosotros sabemos que ese hombre es pecador.

²⁵ Entonces él respondió y dijo:

—Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.

²⁶ Le volvieron a decir:

—¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?

²⁷ Él les respondió:

—Ya os lo he dicho y no habéis escuchado, ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?

²⁸ Entonces lo insultaron, y dijeron:

—Tú eres su discípulo, pero nosotros, discípulos de Moisés somos.²⁹ Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés, pero respecto a ese, no sabemos de dónde ha salido.

³⁰ Respondió el hombre y les dijo:

—Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde ha salido, y a mí me abrió los ojos.³¹ Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, a ese oye.³² Nunca se ha oído decir que alguien abriera los ojos a uno que nació ciego.³³ Si este no viniera de Dios, nada podría hacer.

³⁴ Respondieron y le dijeron:

—Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?

Y lo expulsaron.

Ceguera espiritual

Jn. 9.35-41

³⁵ Oyó Jesús que lo habían expulsado y, hallándolo, le dijo:

—¿Crees tú en el Hijo de Dios?

³⁶ Respondió él y dijo:

—¿Quién es, Señor, para que crea en él?

³⁷ Le dijo Jesús:

—Pues lo has visto; el que habla contigo, ese es.

³⁸ Y él dijo:

—Creo, Señor—y lo adoró.

³⁹ Dijo Jesús:

—Para juicio he venido yo a este mundo, para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados.

40 Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron:

—¿Acaso también nosotros somos ciegos?

41 Jesús les respondió:

—Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero ahora, porque decís: “Vemos”, vuestro pecado permanece.